

ble á los intereses de España, causó un daño inmenso á nuestra nación y á la empresa en que se había empeñado (1); no quedó al infante otro arbitrio que abandonar la costa de Génova, é internarse por el Delfinado para pasar á Saboya, lo que no pudo verificar hasta el mes de setiembre.

¿Qué había de hacer con esto el de Montemar? Sin este sororro, continuando la desercion de sus tropas, sabiendo los progresos de las armas húngaras y austriacas en Alemania, las derrotas de los franceses en Bohemia, el tratado de paz del rey de Prusia con María Teresa, á que se adhirió tambien el de Polonia, que otro ejército imperial se aprestaba á invadir las Dos Sicilias, y que el rey de Cerdeña y el alemán Traun, despues de apoderados de Módena, se dirigian á pasar el Tánaro con intento de tomar á Rímíni y cortar la retirada, anticipóse á levantar el campo de Bendeno, y marchando los ejércitos enemigos en líneas paralelas logró el de Montemar llegar primero á Rímíni (julio, 1742), donde se mantuvo algunos días esperando á los enemigos en órden de batalla. Mas como allí recibiese noticias fidedignas del peligro que corría el reino mismo de Nápoles, consideró como de la mayor necesidad y como su mas urgente obligacion cubrir aquel reino, á cuyo fin determinó situarse en Foligno, donde llegó el 22 de agosto. En efecto, la escuadra inglesa se había presentado repentinamente delante de Nápoles; un capitán saltó á tierra, é intimó al monarca napolitano que se declarara neutral en aquella lucha, ó de lo contrario bombardearia la ciudad (20 de agosto, 1742); y como los ministros de Nápoles intentaran entrar en negociaciones, sacando el capitán inglés su reloj y poniéndole sobre la mesa, *necesito*, les dijo, *la respuesta dentro de una hora*. A tan ruda intimacion, y con el fin de salvar la capital de la destruccion que la amenazaba, el rey Carlos, cediendo á la violencia, se comprometió por escrito á guardar la neutralidad mas estricta. En su virtud, se despachó inmediatamente órden al marqués de Castropignano para que se retirara con las tropas napolitanas, dejando solo á Montemar con los españoles; golpe fatal para el general español, por mas que muchos soldados napolitanos se negaran á seguir al suyo prefiriendo continuar en nuestro ejército (2).

Cuando Montemar, despues de este contratiempo, se disponia á salir de Foligno obedeciendo á órdenes recibidas de Madrid, llególe otro expreso (9 de setiembre, 1742), en que se le mandaba volver á España so pretexto de achaques y falta de salud de que él no se había quejado, y que le acompañara el marqués de Castelar, entregando el mando del ejército á don Juan de Gages, teniente general mas antiguo. El ministro Campillo había al fin logrado sacrificar aquel general benemérito, objeto constante de sus envidias. Obedeció el ilustre caudillo, y juntos ambos generales emprendieron la vuelta á España, y despues de haberse detenido en Génova aguardando inútilmente contestacion del ministro á instrucciones que le pidieron, y no sin correr grandes peligros de caer prisioneros de los enemigos que estaban á su acecho, arribaron por fin á Barcelona. Esperábase allí otra órden del ministro, en que les mandaba retirarse, al de Montemar á su Encomienda, al de Castelar á Zaragoza, y que no salieran de estos dos puntos sin real permiso. Ambos obedecieron sumisos el mandato. Al fin el de Castelar, á quien no se podía hacer otro cargo que su estrecha amistad con el duque, obtuvo despues permiso para venir á la corte: al presentarse á Campillo, le dijo este: «Y bien, por no haberme creído V. E. se encuentra á pié.—Nunca esperé menos de V. E.» le contestó el marqués. El de Montemar se ocupó en su destierro en escribir la justificacion de su conducta, y en demostrar los desaciertos y las intenciones de su adversario, y lo consiguió cumplidamente,

(1) Gravísimos cargos hacen los escritores españoles de aquel tiempo al cardenal de Fleury por su política sospechosa, si no del todo adversa á España desde el principio de esta guerra, y á él le atribuyen casi en igual proporcion que al ministro español Campillo, con quien indican estaba en inteligencia, la mayor parte de los males que se experimentaron.

(2) Beccatini, Vida de Carlos III, libro II.—Campo-Raso, Memorias políticas y militares.—Buonamici, Comentarios de la guerra de Italia.—Historia de Inglaterra, reinado de Jorge II.—Historia del reino de Nápoles.—Casa de Austria, Reinado de María Teresa.—Muratori, Anales de Italia.

y volvió á la gracia del rey, pero esto no fué hasta despues de la muerte de su émulo que sucedió á poco tiempo (3).

El cambio de jefes no influyó al pronto de una manera sensible en la guerra de Italia. El de Gages se limitó á hacer un movimiento sobre Módena, mas luego se retiró á cuarteles de invierno; hicieron lo mismo los austriacos, y los sardos se volvieron á su propio país. La reina de España no podía sufrir tan larga paralización en sus tropas; y casi á los principios del año siguiente pasó las mas apremiantes órdenes al de Gages para que sin demora atacara al enemigo ó dejara el mando. En su cumplimiento movióse el general español (3 de febrero, 1743), y pasó el Tánaro sin dificultad, situándose en Campo-Santo. No tardó en venir á buscarle el general austriaco Traun resuelto á dar la batalla, que aceptó el español, empuñándose un recio y furioso combate (8 de febrero, 1743), que duró hasta muy entrada la noche. Aunque los españoles se proclamaron victoriosos, porque durmieron sobre el campo, y cogieron bastantes estandartes y cañones á los enemigos, su pérdida había sido grande, y á la mañana siguiente tuvieron por muy prudente retirarse de prisa á Bolonia, sin atreverse á aventurar nueva batalla, y dando con esto motivo á Traun para blasonar de haber quedado vencedor. Y como luego llegasen socorros á Traun (marzo, 1743), suspendió el de Gages todo movimiento que pudiera comprometerle, manteniéndose el resto del año en los Estados de Bolonia, Ferrara y Marca de Ancona, perdiendo mucha gente entre deserciones y enfermedades, hasta quedar reducido su ejército á solos cinco ó seis mil hombres. Y por último, acosado por el general Lobkowitz, que había reemplazado á Traun en el mando de las tropas austriacas, por haber sido este llamado á Viena y encargándose de la guerra de Bohemia contra los aliados, se vió forzado el de Gages á refugiarse en el reino de Nápoles.

La corte de Francia, que siguiendo la política contemplativa y ambigua del cardenal Fleury, había dejado pasar todo el año anterior en una apatía y en una inaccion injustificable, sin mover de la Provenza y el Delfinado las tropas que había de mandar el infante don Felipe, conoció al fin á fuerza de desengaños que era menester forzar el paso de los Alpes y combatir al rey de Cerdeña (4), que había estado entreteniéndose al gabinete de Versalles aparentando prestar oídos á sus proposiciones, mientras, haciendo un doble papel, andaba en tratos con María Teresa de Austria, valiéndose de los celos y de las necesidades de ambas naciones para lograr sus fines á expensas de ambas. El cardenal de Fleury, que ya hubiera debido de convencerse de que había quien le ganara á jugar mañosamente los resortes de la política contemporizadora, se sorprendió otra vez cuando supo la alianza ofensiva celebrada en Worms entre Austria, Inglaterra y Cerdeña (2 de setiembre, 1743), en que la reina de Hungría, además de ciertas concesiones que hacia á Carlos Manuel, se comprometía á poner á sus órdenes treinta mil hombres en Italia, y la Inglaterra á tener una fuerte escuadra en el Mediterráneo, sin contar con un cuantioso subsidio anual, y otro para el rescate de Finale.

Hizo esto salir á Francia de su adormecimiento, penetróse de la necesidad de estrechar mas sus vínculos las dos familias de Borbon, y á la triple alianza de Worms opuso el tratado de Fontainebleau, que se intituló «Alianza perpetua ofensiva y defensiva entre Francia y España.» Despues de garantizarse ambas naciones todas sus posesiones y sus derechos presentes y futuros, el rey Cristianísimo se comprometía á sostener á Carlos en las Dos Sicilias, á ayudar á Nápoles y España, á conquistar el Milanésado para el infante don Felipe con los ducados de Parma y Plasencia, á condicion de que estos dos últimos los disfrutaria la reina Isabel Farnesio como patrimo-

(3) Aquí concluyen las Memorias de don José del Campo-Raso, que escribió para que sirvieran de continuacion á los Comentarios del marqués de San Felipe, y en que se encuentran tan apreciables noticias de los sucesos de este último tercio del reinado de Felipe V.

(4) El infante don Felipe, con su ejército reforzado, y llevando por general al marqués de la Mina que reemplazó á Gímes, penetró en Saboya; pero no era á propósito la estacion, y aquel movimiento no pudo pasar de un amago de campaña. El rey de Cerdeña había vuelto al Piamonte, y entró en Turin en enero de 1743.

nio suyo durante su vida; á emprender las hostilidades contra el rey de Cerdeña; á declarar la guerra á la Gran Bretaña, auxiliar á los españoles á la recuperacion de Menorca, y no dejar las armas hasta que les fuese restituida la plaza de Gibraltar.

Entre tanto el infante don Felipe había intentado abrirse paso á Lombardía con veinte mil hombres por el valle de Castel-Delfino; pero además de haber tenido que luchar con los obstáculos naturales que el país ofrecia y con el rigor y la intemperie de la estacion, encontró al rey de Cerdeña muy aperebido, con su ejército alrededor de Saluzzo. Por tanto, despues de haber llegado á Pont (octubre, 1739), retrocedió al Delfinado, temiendo verse interceptado por las nieves.

La muerte del cardenal Fleury (1), y su reemplazo por el cardenal de Tencin, hombre de genio emprendedor y atrevido, de todo punto opuesto al pacífico y débil de su antecesor, contribuyó mucho á alentar á la Francia en la actitud resuelta que acababa de tomar. Dos grandes proyectos formó para quebrantar el poder de Inglaterra, el uno mover una guerra interior en aquel reino, el otro destruir su escuadra del Mediterráneo, atacándola las fuerzas navales combinadas de España y Francia. Ofrecían ocasion para lo primero las discordias políticas de los ingleses y el partido de los descontentos y enemigos de la dinastía reinante. Contando con estos, dispuso la Francia enviar al pretendiente Carlos Estuardo, hijo del antiguo pretendiente, llamado el caballero de San Jorge. Un ejército de quince mil hombres, mandado por el conde de Sajonia, había de acompañarle, protegiendo su travesía una escuadra de veinte navíos de línea que cruzaría el canal de la Mancha. El pretendiente Carlos pasó de Roma á Paris disfrazado de correo de gabinete español, y tuvo una entrevista con aquel rey. Hubo con este motivo serias contestaciones entre el embajador británico y el gobierno francés. La escuadra salió, sin embargo, de los puertos de Rochefort y de Brest. Pero la aparicion imprevista del almirante inglés Norris con fuerzas superiores frustró la empresa, obligando á los navíos franceses á volver á sus apostaderos, cuando ya el pretendiente se hallaba á la vista de la tierra prometida, y sufriendo los barcos de transporte á causa de los violentos averías fatales. El rey Jorge no perdonó medio para poner en seguridad su trono (marzo, 1744).

El segundo proyecto había sido formado de acuerdo con la reina de España, que ofendia vivamente en su orgullo de que la escuadra inglesa que bloqueaba á Tolon hubiera estado tanto tiempo estorbando de conducir tropas á Italia, lo miraba como una vergüenza y un oprobio para ella y para la nacion, habiendo en aquel puerto hasta veinticuatro velas entre francesas y españolas. Mandaba las primeras el almirante Court, las segundas don José Navarro. Componian la inglesa veintinueve navíos de línea y diez fragatas al mando del almirante Mathews y del vice-almirante Lestock, que estaban en desacuerdo por rivalidades y enconos que entre sí tenían. Movióse, pues, la escuadra aliada, acercóse á la enemiga y se empeñó un vivísimo combate, que se sostuvo con admirable ardor por ingleses, franceses y españoles por espacio de tres días. Viéronse actos de heroísmo de una y otra parte.

Manióbró el almirante francés con gran inteligencia y maestría. El inglés, que había sido solo á luchar, pues no pudo conseguir que tomara parte en la pelea su vice-almirante, abrumado de fatiga, viendo sus navíos averiados, y desesperanzado de poder obtener socorro alguno de Lestock, dió la señal de retirada y arrió velas para la isla de Menorca. Luego que llegó á Mahon hizo arrestar á Lestock y le envió prisionero á Inglaterra; este á su vez acusó al almirante Mathews como criminal por su conducta en un combate que los ingle-

(1) Murió este célebre ministro á la edad de 90 años. Tercer cardenal que había gobernado la Francia, aunque no carecia de talento, no acertó á llenar un fin político como sus antecesores Richelieu y Mazarino: amigo de la paz, sin acertar á conservarla, dejó por legado á su nacion una guerra funesta en que había entrado con repugnancia, y que no supo mantener con ardor despues de envuelto en ella. La España, que no le debió sino entorpecimientos y obstáculos, si no se alegró de su muerte, por lo menos no tuvo motivos para sentirlo.

ses miraron como un verdadero desastre (2). Celebróse con festejos públicos en Francia y en España, y como una victoria completa: dióse al almirante Navarro el título pomposo de marqués de la Victoria; y en tanto que la armada inglesa se reponia de sus averías, los españoles pudieron enviar sin estorbo socorros de todas clases á sus ejércitos de Italia (3).

Al tiempo que de esta manera se combatía en los mares, los tres soberanos de la casa de Borbon sostenian por tierra una lucha animada y viva en el mediodía y en el norte de Italia contra el imperio austriaco y sus aliados. Vimos ya cómo el general español conde de Gages, acosado por el austriaco Lobkowitz, se había visto en la necesidad de refugiarse al territorio napolitano para salvar su menguado ejército. Grande embarazo era este para Carlos de Nápoles, que violentado por los ingleses se había comprometido á guardar una estricta neutralidad. Pero con acuerdo de un gran consejo que celebró, y so color de hacer que se respetara esa misma neutralidad, y de prevenir el peligro que amenazaba á sus dominios con la inmediacion de los austriacos, ordenó que un cuerpo de tropas napolitanas avanzara hácia los Estados de la Iglesia. Despues, teniendo por cierto que las armas de María Teresa de Austria iban á invadir su mismo reino, consideróse en el caso de romper aquella neutralidad forzada que contra los sentimientos de la naturaleza se le había impuesto, y anunciándolo así á su pueblo con muy sentidas palabras, manifestó su resolucion de salir á ponerse á la cabeza de sus tropas con el fin de salvar su reino y auxiliar los ejércitos de su padre y de su primo, llevando para mayor seguridad la real familia á Gaeta, y dejando encomendado á una regencia el gobierno de las Dos Sicilias. Hecho esto, y despidiéndose tiernamente de su esposa y de su hija y del pueblo napolitano, marchó con diez y siete mil hombres camino del Abruzzo (25 de marzo, 1744). Desde Chieti determinó pasar á cubrir los pasos de San Germano y Monte Casino, siguiendo los movimientos de Lobkowitz, que tenia veintisiete mil hombres. Esta operacion y la incorporacion que luego se hizo de los ejércitos de Nápoles y España, movieron al general austriaco á cambiar sus planes, y tomando el camino que conduce por Roma á Velletri, y cruzando rápidamente la península, llegó á las inmediaciones de Roma (mayo, 1744), donde fué recibido como en triunfo, por el terror que había inspirado á los débiles romanos, que hicieron hasta rogativas públicas como en las grandes calamidades, y expidieron órdenes para que se diesen á sus huéspedes alojamientos y cuanto necesitasen (4). Carlos de Nápoles había marchado tambien hácia Velletri, y tomó posición en una eminencia de aquella ciudad, distante solo seis leguas de Roma, en los críticos momentos en que se descubria ya avanzando á ella el ejército austriaco.

Acampados ambos ejércitos en dos eminencias opuestas, separadas por un estrecho valle, pero dueño de la ciudad el de Nápoles y España, estuvieron algun tiempo observándose y respetándose. El general austriaco destacó algunas tropas por

(2) Fué cosa singular lo que pasó con los jefes de las armadas que concurrieron á este famoso combate, y prueba lo que suele ser en todas partes la justicia humana. Habiéndose acusado mutuamente Mathews y Lestock como culpables de la derrota, uno y otro fueron enviados á un tribunal. El almirante Mathews, que había trabajado solo contra las flotas aliadas, y portádose con intrepidez y arrojo, fué declarado inhábil para el servicio; y Lestock, que no había tomado parte en la lucha, manteniéndose siempre fuera de tiro del cañon enemigo, fué absuelto sin que le parara perjuicio en su honra, porque se había encerrado, se decia, en los deberes de la disciplina militar.

Tampoco prevaleció la justicia distributiva en el modo como fueron tratados los jefes de la escuadra aliada. Todo el premio le recibió el almirante español; y el francés, que con sus hábiles maniobras había salvado á su colega, fué, por instigacion de los oficiales españoles y por empeño del mismo rey, separado momentáneamente del servicio por el gobierno francés. Medida que despertó ciertas antipatías entre los marinos de una y otra nacion, y fué causa de que no pudieran volver á unirse las fuerzas marítimas de los dos reinos hasta el fin de la guerra.

(3) Historia de Inglaterra, Reinado de Jorge II.—Historia de Francia, Reinado de Luis XV.—Gacetas de Madrid, marzo de 1744.

(4) «Habian desaparecido ya, exclama aquí un escritor italiano, los tiempos en que los papas defendian y dilataban sus Estados con las armas en la mano, como había hecho Julio II.» Beccatini, lib. II.

el país vecino, las cuales se apoderaron sin dificultad de alguna ciudad abierta, y derramaron manifiestos en que ya claramente se excitaba á los napolitanos á que volvieran á someterse al dominio de Austria, ofreciéndoles grandes privilegios y alivios de tributos; manifiestos á que la ciudad de Nápoles contestó enviando á su rey un donativo voluntario de trescientos mil escudos, y asegurándole que confiase en la lealtad de la capital. En tal estado quiso el general alemán dar un golpe de mano, en que se proponía nada menos que sorprender durmiendo al rey Carlos y al duque de Módena (que ya habia vuelto á abrazar el partido de los Borbones, y era uno de los jefes de este ejército). Y en efecto, la noche del 11 de agosto (1744), como una hora antes de amanecer, seis mil alemanes penetraron por diferentes puntos en Velletri, matando los centinelas y degollando los pocos soldados que á aquella hora se encontraban. Muy poco faltó para que lograsen su intento de sorprender al rey y al duque que dormían en el palacio Ginneti, y hubieranlo conseguido á no avisarles el embajador francés de Nápoles que allí estaba y despertó al ruido; apenas Carlos y el de Módena tuvieron tiempo para vestirse de prisa y ponerse en salvo pasando por medio de los arcabuces enemigos. Por fortuna los invasores se entretuvieron en el saqueo, y dando con esto lugar á que se repusieran del primer aturdimiento algunos regimientos de los aliados, lanzaron de la ciudad á los agresores sembrando de cadáveres las calles (1). Lobkowitz fué con nueve mil hombres á atacar las trincheras que estaban sobre el monte de los Capuchinos, pero rechazado por el vivísimo fuego que le hicieron los españoles, tuvo que retirarse abandonando los puestos ocupados (2).

Si bien la pérdida de los hispano-napolitanos en esta sorpresa fué grande, y no se puede negar el mérito del general austriaco en el modo de prepararla y dirigirla, también sufrió el gran quebranto en su gente, y se persuadió de que no era posible penetrar en los Estados del rey de Nápoles. Ambos ejércitos permanecieron todavía mas de dos meses en la misma situación, sin hacer mas que hostilizarse con escaramuzas y con algunos tiros de artillería. Por último el alemán levantó su campo (1.º de noviembre, 1744), marchando hácia Roma, y pasó el Tíber dirigiéndose á Viterbo, no sin experimentar la rápida disminución de su ejército, que padeció indeciblemente con las mortíferas exhalaciones de las lagunas Pontinas. En pos de él marchó el rey de Nápoles, que á su paso por Roma entró á hacer una visita al Sumo Pontífice, de quien fué privada y públicamente muy agasajado. Continuó el ejército aliado siempre en persecución y casi á la vista del de Austria, pero sin poder alcanzarle. Sin embargo el español conde de Gages tomó por asalto á Nocera. El rey Carlos pasó á Gaeta á buscar la reina su esposa y la princesa su hija, y con ellas y la infanta María Josefa, que nació en Gaeta el 10 de julio (3), se volvió inmediatamente á Nápoles, renovándose á su entrada (diciembre), las demostraciones de afecto de sus súbditos. De esta manera los ejércitos enemigos vinieron á encontrarse al fin del año casi en la misma situación que habian tenido al terminar el anterior (4).

En tanto que esto pasaba por el mediodía de Italia, el infante don Felipe á la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres, la mayor parte franceses, con el príncipe de Conti, penetraba por las gargantas de Tenda dirigiéndose á las llanuras del Piamonte, tomaba á Niza y los puestos atrincheros de Montalvano y Villafranca, y hacía retirar las tropas sardas que defendían las montañas y desfiladeros. Mas no pudiendo sostenerse en un país tan estéril, dividióse el ejér-

(1) Sucedió en todo casi lo mismo que en la célebre sorpresa de Cremona ejecutada en 1702 por el príncipe Eugenio, cuyo suceso se propuso imitar Lobkowitz.

(2) «El fuego de los españoles, dice el italiano Beccatini, fué tan vivo y bien dirigido, que cuantos avanzaban rodaban muertos hasta el fondo del valle.»—Vida de Carlos III, lib. II.

(3) Es la misma que vivió despues en Madrid con el rey Carlos IV, su hermano.

(4) Beccatini, Vida de Carlos III, lib. II.—Buonamici, Comentarios de la guerra de Italia. Historia de la casa de Austria.—Muratori, Anales de Italia.—Bourgoing, Cuadro de la España moderna.

cito en varias columnas para penetrar en los profundos valles que cortan la cumbre mas elevada de los Alpes, teniendo que luchar con todos los obstáculos de la naturaleza, con rocas, torrentes, tomentas y precipicios. Una division franco-española ocupó á Oneglia (6 de junio, 1744), y bajando despues de Col de l'Agnello y otras alturas á los valles del Piamonte, se apoderaron de algunas fortalezas cerca de Monte Cavallo y de Castel Delfino (julio, 1744). El rey de Cerdeña se retiró á Saluzzo por temor de que le cortara alguna columna. Los franco-hispanos, despues de rendir á Demont (17 de agosto), pusieron sitio á Cumi (Cuneo), única plaza que los impedía ya bajar á las llanuras del Piamonte. Pero tenia una fuerte guarnición mandada por un general veterano y hábil; los habitantes tomaron también las armas; de los montes circunvecinos bajaban los naturales á interceptar los pasos al ejército, y cuatro mil austriacos y croatas llegaron en auxilio del rey de Cerdeña. A pesar de todo fué Carlos Manuel rechazado, teniendo que retirarse de noche, despues de un mortífero combate; abrióse trinchera en la plaza (13 de setiembre), mas como el cerco no era completo, logró el rey con mucho trabajo introducir un refuerzo considerable de tropas sardas, con provisiones de guerra y boca, lo cual hizo prolongar y dificultó las operaciones del sitio. Y como escaseaban los víveres para los sitiadores, y la estacion avanzaba amenazando cerrar las nieves el paso de los Alpes, y tenían delante el ejército sardo, determinó el infante levantar el asedio (22 de octubre, 1744). Retrocedió el ejército á Demont, voló sus fortificaciones, y subiendo otra vez los Alpes por entre nieve y hielos, bajó lentamente á los valles del Delfinado (diciembre), donde llegó extenuado del cansancio y de las privaciones (5).

Tal fué el resultado, si resultado puede llamarse, de las campañas simultáneas de 1744 en una y otra region de Italia.

CAPITULO XXII

Célebres campañas de Italia.—Muerte de Felipe V

DE 1745 Á 1746

Nuevo plan de campaña. Situación de las potencias de Europa.—Adhesión de Génova al partido de los Borbones.—Reunión de tropas españolas y francesas en Génova.—Atrévada y penosa marcha del conde de Gages para incorporarse al infante don Felipe.—El francés Maillebois.—El alemán Schulenburg.—Impetuosa entrada de españoles en el Monferrato.—Avanzan á Alejandría.—Conquistas del ejército franco-hispano-genovés.—Posesión de Parma á nombre de Isabel Farnesio.—Derrota del rey de Cerdeña.—El infante don Felipe en Milan.—Tratos y negociaciones entre Francia y Cerdeña.—Doble y falsa conducta de Carlos Manuel.—Firmanse los preliminares para la paz.—Rechaza España el tratado.—Rompe el rey de Cerdeña su compromiso.—Cambio de situación en las potencias del Norte.—Gran refuerzo de austriacos en Italia.—Nueva campaña.—Ventajas de los austro-sardos. Abandona don Felipe á Milan.—Van perdiendo los españoles sus anteriores conquistas.—Gran batalla de Trebia.—Son derrotados los españoles y franceses.—La corte de Versalles templea el enojo de la de Madrid.—Modifican los reyes de España sus pretensiones.—Muerte de Felipe V.

Al tratar un historiador extranjero del asunto que constituye la materia de este capítulo, comienza de esta manera: «Apenas se hallará en la historia de las guerras una campaña comparable á la de Italia en 1745, ya sea en cuanto al atrevimiento de los planes militares, ya en cuanto á la rapidez con que se ejecutaron. La experiencia de los años anteriores habia enseñado á las cortes de Versalles y Madrid que todos los esfuerzos que se hiciesen para conducir un ejército al través de los Alpes serian perdidos, en tanto que no pudiesen, ó contar con un apoyo duradero en las posesiones de los Estados italianos, ó reunir una escuadra bastante poderosa para tener seguras las comunicaciones marítimas. También se habian convencido de la ineficacia de los ataques particulares y aislados contra los ejércitos reunidos de Austria y Cerdeña, porque era evidente que el enemigo podia cuando quisiera reunir todas sus fuerzas en un punto determinado; y que siendo dueño de los desfiladeros que comunican de Alemania

(5) Muratori, Anales.—Buonamici, Comentarios.—Ojeada sobre los destinos de los Estados italianos.—Historia de Francia, Luis XV.

á Italia, podria fácilmente hacer que llegasen socorros al teatro de la guerra. El plan de esta campaña fué pues concedido con mas audacia, y ofrecia probabilidades de resultados mas importantes, si salia bien, que todos los de los años anteriores (1).»

Conformes nosotros con este juicio del historiador inglés, debemos añadir, que este plan era tanto mas necesario cuanto que la muerte del Elector de Baviera (20 de enero, 1745), que tres años antes habia sido nombrado emperador de Alemania en Francfort, mejoró notablemente la posición de la reina María Teresa de Hungría respecto á la cuestion imperial; el rey de Polonia le envió el considerable auxilio de cuarenta mil hombres; Inglaterra aumentó sus escuadras, y dió cuantiosas sumas para los gastos de la guerra; podia hacer con ventaja la del Norte, y atender con desahogo á la de Italia. En cambio los Borbones se habian reforzado con la adhesión de la república de Génova, ofendida de que en el tratado de Worms se hubiera hecho al rey de Cerdeña la cesión de Finale; y Génova era posición central, y un excelente punto para todas las operaciones militares de los aliados de la familia Borbon. Así pues, el plan era reunir en las cercanías de Génova los dos ejércitos que habian hecho las campañas de la Italia meridional y septentrional, y unidos á los diez mil auxiliares que daría la república (2) penetrar en el Milanesado, dividiendo los austriacos de los sardos, y cuando dominaran desde los Apeninos hasta las montañas del Tirol caer sobre las divisiones aisladas de los enemigos.

Para poder realizar este plan, fué llamado el conde de Gages, á fin de que viniera á incorporarse con el infante don Felipe y su ejército de Provenza. Aquel activo general, que habia obligado al austriaco Lobkowitz á evacuar á Rímíni, que cruzando la falda de los Apeninos habia ido siguiendo y ahuyentando los alemanes hasta las inmediaciones de Módena (marzo y abril, 1745), y que se preparaba á desalojarlos de allí para invadir el Milanesado, obediendo la órden que recibió púsose en marcha para Génova, franqueando otra vez los Apeninos por el paso del monte de San Pellegrino, trepando por elevadas montañas y por escarpadas cumbres cubiertas de nieve que nadie habia pisado, venciendo mil dificultades, sufriendo aquellas terribles borrascas tan comunes en los Alpes, siempre animosos él y sus soldados, aunque veían muchos caballos perecer yertos de frío. En el estado de Luca encontró algunos víveres, de que su tropa tenia buena necesidad. Pero el paso del torrente de Magra, engrosado con las lluvias y las nieves derretidas, le presentaba nuevos obstáculos que á otro hubieran parecido insuperables. El primer puente que echó le arrolló la fuerza y rapidez de la corriente; pero echó el segundo y pasó el ejército, no sin que la retaguardia fuera atacada por tropas austriacas irregulares que cruzaban los montes vecinos. Al fin, despues de muchos trabajos, sufridos con heroica firmeza, llegó con su fatigado ejército á Génova (mayo, 1745), sin saber que entraba en una república aliada, é ignorando el plan para que habia sido llamado. Acompañóle el duque Francisco de Módena en aquella penosa marcha.

Entre tanto el ejército español que mandaba el infante don Felipe se habia reforzado en Provenza, y habianse enviado grandes provisiones de guerra á Niza, donde habian de reunirse las tropas francesas mandadas por Maillebois, que habia sustituido al príncipe de Conti. Gages y el duque de Módena se situaron en el paso famoso de la Rocchetta. El ejército combinado, contando con los diez mil genoveses, ascendía á mas de setenta mil hombres. Por todos lados se formaban tormentas contra el rey de Cerdeña Carlos Manuel. Lobkowitz habia sido llamado á Viena, y el conde de Schulenburg, que le reemplazó en el mando de las tropas austriacas, ocupó á Novi

(1) William Coxe, España bajo el reinado de los Borbones, Felipe V, capítulo 46.

(2) Sin embargo, el tratado de alianza de Génova con Francia, España y Nápoles no se formalizó hasta el 1.º de mayo (1745) en Aranjuez. La república se comprometía á suministrar un cuerpo de diez mil hombres, y las demás potencias á garantizarle sus estados, comprendiendo el marquesado de Finale.—Colección de tratados de alianza y paz.

y el valle de Luemmo para oponerse á la entrada del de Gages y el de Módena. Carlos Manuel se situó en los Apeninos para defender el Monferrato amenazado por el infante español y por el francés Maillebois. Mas nada bastó á contener el ímpetu y á detener el torrente de las fuerzas aliadas. A principios de julio (1745) el conde de Gages y el duque de Módena rechazaban á los austriacos sobre Rivalta, los lanzaban de Voltaggio, y ocupaban á Novi; en tanto que don Felipe y Maillebois se arrojaban con rapidez sobre el Monferrato, echaban á Carlos Manuel con sus sardos del otro lado de la Bormida, se apoderaban de Acqui y avanzaban á Alejandría, punto de reunión señalado para ambos ejércitos.

Schulenburg con sus alemanes y gran parte de los sobayanos que se le reunieron, se fortificó en un campo defendido por Alejandría, el Pó y el Tánaro. Entonces el ejército combinado franco-hispano-genovés descende y se derrama por Vogliero, Serravalle, Tortona, Plasencia y Parma (agosto y setiembre, 1745), y se apodera de todas aquellas ciudades, y el marqués de Castelar toma posesión en nombre de la reina Isabel de España del gobierno de aquellos antiguos Estados de la casa de Farnesio (3). Dueño de todo aquel país, pasa el de Gages el Pó con tres mil granaderos, y el general austriaco destaca cuatro mil hombres para cubrir á Milan; pero los granaderos españoles revuelven de improviso sobre Pavia y toman la plaza la noche del 21 al 22 de setiembre. Levantan con esto su campo los austro-sardos y se separan: Schulenburg va del otro lado del Pó; Carlos Manuel se queda cerca de Basignana: las tropas de los Borbones vadean el Tánaro en tres columnas con el agua á la boca, sorprenden y atacan al rey de Cerdeña al amanecer del 23 (setiembre, 1745), arrojan su caballería, derrotan su ala izquierda, y cuando Schulenburg acude al ruido del cañon encuentra ya al ejército de los Borbones dueño de las orillas del Pó, y gracias que el rey de Cerdeña se ha salvado con algunos pocos jinetes. Sin embargo logró el alemán haciendo un rodeo incorporarse al ejército vencido, y librarle de una destrucción completa. Mas ya los españoles y franceses pudieron emprender el sitio de Alejandría, que concluyó por abandonársela el gobernador sardo (12 de octubre), y á los pocos dias otro cuerpo se apoderaba de Valenza (30 de octubre). En menos de otro mes se hicieron dueños de Casale y de Asti, de cuyas plazas tomó posesión Maillebois en nombre del rey de Francia, y el de Cerdeña se retiraba á Trino y Vercelli.

De repente el infante don Felipe con el duque de Módena, y contra el dictámen del general francés, toma la dirección de Milan. Los milaneses, con la idea de ver trasformado su país en ducado independiente, le envían las llaves de la ciudad, y entran Felipe y el duque en Milan pacíficamente (20 de diciembre, 1745), y en medio de las aclamaciones del pueblo. Lodi, Como y otras ciudades se apresuran á prestar homenaje al príncipe español. El conde de Gages, colocado á la margen izquierda del Tesino, contenía á los austriacos que ocupaban la orilla opuesta. Solo quedaban por conquistar Mantua, y las ciudadelas de Milan, Asti y Alejandría que estaban bloqueadas.

En este estado, y cuando ya Isabel Farnesio se lisonjeara con ver la corona de Lombardía en las sienas de su segundo hijo, y mientras Felipe se divertía en Milan entre músicas y fiestas, mediaron negociaciones y tratos que hicieron mudar enteramente la faz de los negocios. Francia habia hecho todo género de tentativas para separar los intereses del rey de Cerdeña de los de María Teresa de Austria; y Carlos Manuel, al principio inaccesible á todas las proposiciones y ofertas, ofendido despues del comportamiento de los austriacos, mostróse dispuesto á admitirlas, y ya estaban convenidos los preliminares entre los ministros de ambos monarcas, cuando la noticia de la paz de Dresde concluida entre María Teresa y los reyes de Prusia y Polonia (25 de diciembre, 1745), vino á hacerle mudar de pensamiento. La emperatriz habia quedado desembarazada para enviar á Italia un cuerpo de treinta mil

(3) Serravalle y el marquesado de Oneglia se dejaron á los genoveses.—Historias de Italia.—Buonamici, Comentarios sobre estas célebres campañas.—Beccatini, Carlos III, lib. II.